

**DIÁLOGOS: “EI ESTADO-NACIÓN Y LA IDENTIDAD PLURAL”
(Transcripción)**

Por Daniel Innerarity
Profesor titular de Filosofía,
Universidad de Zaragoza

Buenas tardes a todas y a todos.

Quiero comenzar agradeciendo a Pepe Tudela, y a lo que él representa, la Fundación Giménez Abad, esta invitación a hablar aquí. Y de manera muy especial, porque me ha dado la oportunidad de reencontrarme con un viejo amigo, Guy Laforest, que es uno de los mayores especialistas del tema que hoy vamos a hablar.

No sé si entenderá esta expresión, aunque él habla muy bien castellano. Está dando clase ahora en Cataluña, en catalán, también, o sea que también a lo mejor nos sorprende y habla un poco de fabla. Hay una expresión que es “hacer de telonero” en los conciertos. Delante del grupo de rock bueno, viene alguien que prepara un poco el terreno, y hace que la gente vaya llegando, llenando ese hueco. Y yo voy a actuar como telonero de Guy Laforest. Y a hacer un par de reflexiones, sin gastar mucho tiempo, para encuadrar, ofrecer un cierto cuadro de lo que podría ser una buena manera de entrar en la cuestión. Y luego, probablemente, en su intervención o en el debate, podamos ya descender a cosas más concretas.

La idea que quería plantear aquí era la siguiente. Estamos, las sociedades contemporáneas están acostumbradas, bien o mal, a resolver conflictos que tienen que ver con la redistribución. Todas las grandes luchas de los siglos XIX

y XX han sido combates para ver cómo nos arreglábamos con los recursos escasos, con la cuestión de las clases, la justicia social, etcétera.

No digo que estos debates fueran pacíficos, en absoluto. Pero habíamos conseguido un compromiso bastante apañado, por decirlo de una manera coloquial. Y de repente, en la segunda mitad del siglo XX, aparece una cuestión o un conjunto de cuestiones que no estaban en la agenda política, que nos han sorprendido a todos, podíamos decir. Nos han sorprendido a nosotros, como sociedad. Son cuestiones que tienen que ver con la identidad, para las cuales no disponíamos de instrumentos conceptuales y de modos de gestión satisfactorios. Y además, que nos han producido una especial irritación, precisamente porque considerábamos que era un asunto ya arcaico, un asunto superado.

Cuando me refiero a cuestiones de identidad me refiero a cuestiones que tienen que ver no tanto con el cuánto, con la escasez, en términos económicos, como con el qué y el quién. No tanto con cuestiones de justicia distributiva como con cuestiones que tienen que ver más bien con una expresión que genéricamente podemos poner bajo el paraguas de “reconocimiento”: la cuestión del reconocimiento. No da igual quién haga qué.

En torno a este conjunto de nuevas cuestiones que aparecen en la agenda de la discusión política pública están tanto la cuestión de la mujer, la cuestión de la identidad sexual, la cuestión religiosa, también, que pertenece a este conjunto de temas, y por supuesto, la cuestión nacional, la cuestión de la identificación política.

Es lógico que estos problemas nos irriten también, porque son problemas que no se pueden resolver con una fórmula matemática, con un compromiso fácil. Las cuestiones que tienen que ver con las cantidades, se suelen resolver on un compromiso en términos cuantitativos. Pero claro, las cuestiones

salomónicas -nunca mejor dicho-, en las cuales no es tanto una cuestión de redistribución económica como una cuestión de titularidad, de reconocimiento, de dignidad, etcétera, son cuestiones que, de manera casi inevitable, se deslizan hacia asuntos de principio. Eso, repito, irrita especialmente, y nos plantea unos problemas más serios.

Al mismo tiempo, es lógico que este tipo de problemas (todo lo relativo a los sentimientos de identidad, de afección o de desafección, de adhesión o de falta de adhesión) son asuntos que nunca se pueden resolver de una manera definitiva. Cuanto antes disipemos la ilusión de que este tipo de problemas se puede resolver definitivamente, para siempre, cuanto antes nos olvidemos de fórmulas mágicas para resolver problemas que tienen ver con el sentimiento, con la identificación, mejor.

Ahora bien: esto no significa -y ésta sería mi tesis inicial-, que los términos de los problemas que tienen que ver con la identidad o con lo nacional no se puedan plantear de una manera racional y argumentativa. Es decir: que algo tenga una fuerte componente sentimental, como son las identidades nacionales, no significa que sobre estos asuntos no se puedan llegar a acuerdos, a transacciones, a compromisos, incluso a formulaciones más razonables que otras. Incluso tratándose de sentimientos, hay gente más razonable que otras. Aunque no haya nunca una plena disolución del elemento subjetivo, son temas que se pueden gobernar razonablemente, de modo dialogado, buscando el compromiso, aunque esto no signifique que haya soluciones definitivas.

Es más: creo que una de las cosas más sensatas en esta vida, y desde luego, en la vida política, es aprender a vivir con problemas abiertos. Aprender a apañárselas con asuntos que no tienen una solución definitiva y que exigen soluciones de compromiso, y, por tanto, para los que no hay cierres definitivos.

Plantear las cosas bien es la mitad de la solución. Y plantearlas de una manera inadecuada suele ser muchas veces todo el problema. Y estoy convencido (y ésta sería mi segunda tesis, que voy a tratar de explicar ahora brevemente) de que las cuestiones de identidad y las cuestiones que tienen que ver con la identificación nacional tienen una mejor solución, una mejor posibilidad de gestión, en el actual panorama del mundo, (en este mundo que se configura de una manera global, más plural, con menos afán de homogeneidad, etcétera), tienen una mejor solución que en el mundo del estado clásico.

Cuando era plenamente vigente el modelo del estado nacional clásico (*cuius regio, eius religio*), es decir, la idea que Ulrich Beck llamaba del Estado como “container” (a un estado tiene que corresponder una nación, una lengua, incluso una religión, una cultura, etcétera; una unidad de *demos*)... Estamos en un momento en el que esto -por mil razones que no sé si habrá ocasión de examinar, o probablemente ya todos conocemos-, esto ya no es así, y hemos admitido que las sociedades son mucho más plurales de lo que pensábamos (que a un estado no corresponde una nación, y a una nación no tiene por qué corresponder un estado), a partir de ese momento las soluciones son más fáciles que en la época de la Modernidad clásica.

Creo que este nuevo escenario de identidades múltiples, de pluralismo más radical, de globalización, de dispersión, de heterogeneidad del mundo, disuelve como pseudoproblemas muchas cosas que se nos habían enquistado. Todas las cuestiones que tienen que ver con la soberanía, con el Estado, con el territorio, ahora mismo admitirían una solución más versátil que en otras épocas. Y al mismo tiempo, creo que permite también plantear los problemas de una manera más integradora. Con un constitucionalismo abierto, con una legitimidad entendida de una manera más dinámica.

Creo que estas nuevas realidades a las que me he referido aquí someramente, nos afectan a todos. En los debates que tienen que ver con la identidad

nacional, la mejor definición de globalización que conozco es la siguiente: Globalización es aquello en virtud de lo cual el otro no tiene razón. Si os habéis fijado, en los debates políticos la globalización es aquello en virtud de lo cual defender un Estado nacional en el sentido clásico ya no tiene ningún sentido, para unos, y para otros, globalización es lo que impugna tus pretensiones de identidad nacional o de reconocimiento. Ésa es una definición polémica de globalización, es decir, un uso de la globalización que podríamos llamar arrojadizo: globalización es lo que a ti te quita la razón. En lugar de reconocer que la globalización es algo -la globalización, o el nuevo cambio de contexto del mundo-, es algo que nos afecta a todos. Es decir, hacemos una especie de uso arrojadizo del pluralismo: pluralismo es aquello que tú no cumples, en lugar de pensar que pluralismo es algo que tú tienes que cumplir, pero yo también tengo que cumplir; los estados con pretensiones más bien unitarias y aquellas naciones, o como se le quiera llamar, que pretenden un reconocimiento de ese tipo.

Por tanto, al mismo tiempo que estas realidades nos afectan a todos, al mismo tiempo nos obligan a todos a ciertos cambios. Creo que el uso arrojadizo de estas nuevas realidades no tiene en cuenta que ante estas nuevas realidades somos todos los que tenemos que cambiar. A mi modo de ver, todos estamos obligados a cambios de enfoques de vista. La idea de identidad que teníamos, que nos era relativamente cómoda (y aquí no me quiero situar yo en ningún punto de vista concreto, sino que quiero intentar una perspectiva sea válido para todos), esa instalación tiene que ser, al menos revisada.

Y al mismo tiempo, esto nos ofrece nuevas posibilidades. Pensemos, por ejemplo, el caso de Europa. Probablemente estemos muy lejos de encontrar un encaje dentro de Europa, no sólo de los estados, sino también de las regiones o de las naciones en ellas. Pero el caso de Europa es, a mi juicio, el laboratorio más interesante que tiene lugar hoy en día en el mundo de multiplicación de los niveles de territorialidad, de experiencia práctica de soberanías compartidas.

Nosotros estamos acostumbrados (cosa que en Quebec probablemente no) a que nuestro ministro de pesca, cuando hay un problema, se va a Bruselas. Y no nos escandaliza, nos parece lo normal. ¡Pues claro! Llevamos ya muchos años viéndolo así en la televisión. Europa es probablemente hoy en día el mejor laboratorio de reinención del espacio, de reinención del ejercicio del poder político, en un mundo globalizado. Es lo que a mí me parece que hace especialmente interesante el experimento europeo. Ya solamente por esto, valdría la pena ir a votar el próximo día 7 de junio. No digo a quién, pero valdría la pena ir a votar.

Realmente, hay ahí un experimento que va mal, que va muy lento, probablemente por la dificultad del asunto, en el cual los contornos clásicos de la soberanía estatal, a los que podíamos estar acostumbrados con la lógica del estado nacional, están sufriendo una profundísima transformación. Repito: con toda la lentitud, que para algunos nos puede resultar exasperante.

Y por último, la otra cosa que quería decir era la siguiente: creo que desde el punto de vista de los estados y las naciones estamos en el siglo XXI en una situación análoga muy similar a la situación en la que se encontraban quienes a principios de la Modernidad tuvieron que hacer algo, una operación extraña, con las religiones. Una operación que se podría llamar “privatización”. Es una palabra muy genérica para designar un proceso muy complejo, pero creo que estamos en un escenario análogo.

Probablemente, nuestro gran desafío sea (y yo creo que por aquí apuntan las vías de solución a los problemas planteados por los estados plurinacionales) desnacionalizar los estados y desestatalizar las naciones. Si consiguiéramos algo de este estilo, del mismo modo, por analogía, con cómo se consiguió, tras la Paz de Westfalia, que las religiones dejaran de ser un asunto en parte público, tuvieran en parte un estatus más privado, probablemente, si consiguiéramos que los estados... Vamos a ver cómo lo formulo para que sea

aceptable: que los estados no necesariamente tengan que constituir una nación. No necesariamente. Lo voy a formular de esta manera negativa: que haya un Estado no significa que necesariamente haya una nación. Es más: incluso puede darse la paradoja de que en un estado pueda haber gente que cree que hay una nación, y gente que cree que hay varias.

Y al mismo tiempo, en paralelo con esto, no necesariamente una nación tiene que dar lugar a un Estado. Una nación, es decir, el conjunto de personas que se creen una nación, yo no tengo otra definición mejor de la nación; no creo que la nación responda a nada objetivo e incontestable. Responde fundamentalmente a que hay un conjunto de personas que creen que lo son. Como decía Cocteau de Napoleón: “Napoleón era un loco que se creía Napoleón”. Bueno, pues las naciones son un conjunto de gente que se creen que lo son, y punto. Y ya eso es suficiente.

Del mismo modo, una identidad, una realidad nacional o una conciencia nacional, hoy en día, no necesariamente requiere una forma estatal para salvaguardar su identidad, sus fórmulas de autogobierno. Creo que, dicho de otra manera: una nación puede ser más o menos que un Estado. Se puede ser más que un Estado.

Yo, provocativamente, un poco lo diría... No voy a poner ningún ejemplo, para seguir un poco en el plano cómodo de la teoría. A muchos vascos les digo: ¿para qué queremos ser un Estado? ¿Para tener un ejército, embajadas, toda esa burocracia? ¿Y por qué no la subcontratamos? Se subcontrata, y los aspectos realmente interesantes, realmente importantes, donde nos jugamos lo que es la identidad y lo que es el desarrollo de una comunidad, ahí sí que vamos a ejercer el autogobierno. Todas esas cosas simbólicas; eso se subcontrata con gran facilidad.

En fin, un amigo mío lo decía todavía mucho más provocadoramente cuando propugnaba la independencia dentro de España, que es una cosa realmente compleja de entender. Pero que yo creo que la idea se puede explicar. Creo que en el mundo de la Modernidad clásica, donde o eras un Estado o no tenías nada que hacer, donde se erige el axioma “a cada nación le corresponde un Estado” (el principio de nacionalidades)... Un mundo en el que viven Cánovas del Castillo y Sabino Arana, porque comparten plenamente ese planteamiento, y que si en algo estaban de acuerdo es que, efectivamente, a una nación le corresponde un estado, y por eso el otro no tiene derecho a existir como Estado. En esa época, los juegos políticos eran juegos de suma cero.

Creo que en el mundo actual es posible encontrar -probablemente Guy Laforest nos dé muchas pistas en este sentido-, juegos de suma positiva; es decir, juegos en los cuales no necesariamente la exigencia de estatalidad es el único camino para que una comunidad que se dice nacional encuentre un espacio de reconocimiento de su identidad, de desarrollo de su autogobierno, y en el que los Estados compuestos dejen de tener miedo a que su espacio interior se articule en formas e instituciones de soberanía compartida.

Zaragoza, 18 de mayo de 2009.